

mente bien definidas. Aquí, una cierta estrechez de las frentes (de quizá, bien vistas, resultarían dilatables) no era base suficiente para saberse otro. Príncipe negro y dignatario Muecas pasaba su chisetera gris perla y su chaleco rojo con una pluma de gallo macho en el ojo orgullosamente, entre los negritos de barriga prominentemente y entre las pobres negras de oscilantes caderas que apenas para taparrabos tegían. Cuando convocaba a reunión a sus pares negros (si no de chistera al menos de bombín) y jugaban a la brisca en el palacio de Mor-A-Pío, sabiendo que ellos estaban bebiendo mientras los hombres del común sólo podían elegir entre tomar el boniato crudo como postre o cocido en agua y sal como principio, llegaban a creer que el mundo está bien así, aunque ellos, los negros, notables ganaderos, mineros, comerciantes y vendedores de marfil y ébano al hombre-lejano-poderoso siguieran teniendo la piel negra felicísimamente negra, a diferencia de los seres astrales, marcianos o venusianos que, según los datos de su ciencia negra, habían de ser blancos, rubios y con los ojos altísimamente azules. Y esta convicción de que el mundo estaba bien así aumentaba aún—más violentamente—, se convertía en evidencia para el Muecas cuando, ya de noche, saliendo de palacio, con calor en el interior del estómago, llegaba a la mansión residencial y tras comprobar la presencia de los tres cueros cálidos en el colchón, podía introducirse en aquel ámbito gratisimo con lo que su felicidad física aún crecía, bien fuera sencillamente y sin escándalo, bien—si mejor le parecía—después de haber repartido los golpes que le parecieran convenientes entre la grey soñolienta haciendo así otra vez evidente su naturaleza de señor. Si luego, en el momento delicioso de conciliar el sueño, aún llegaban los pios de los yearling, el Muecas se dormía no sólo feliz, groseramente feliz, sino hasta con una sonrisa de felicidad refinada en los ángulos de su recia boca trabajada por el tiempo y por la intemperie de una guerra y de dos paces dichosamente superadas.

Como noche de sábado, Pedro comió más rápidamente. En el comedor estaba detrás del matrimonio arrugadito y entre otras dos pequeñas mesas en que se sentaban dos hombres soños. La pescadilla mordíendose la cola apareció sobre su plato, tan perfecta en sí misma, tan emblemática, que Pedro no pudo dejar de sonreír al verla. Comiendo esa pescadilla comulgaba más íntimamente con la existencia pensional y se unía a la mesa de mártires de todo con-

fort que han hecho poco a poco la esencia de un país que no es Europa. El uróvoros doméstico tenía una apariencia irónica, sonriente. No se mordía la cola con verdaderas ganas, sino delicadamente, sólo lo necesario para que no se le escapara y volviera a estirar toda su larga estatua de pez inmovilmente marino, aún no del todo corrompido, blanco de carne pero con rubores amoratados donde la corrupción comienza. El limón exprimido para disimular lo que pudiera haber de non sancto le recordó la limonada agria que había tomado días atrás. Sacudió la cabeza y atacó la naranja fría. Entre los huéspedes corrieron los comentarios inútiles. La criada se movió con más apresuramiento que otros días pensando en la salida. Pedro se despidió. Renunció a la extraña tertulia de otras noches con las tres generaciones embobadas. Salió por el pasillo hacia su cuarto y al volver hacia la puerta de salida, la decana le salió al paso para decirle adiós, para recomendarle que se abrigara el cuello a pesar de que todavía no era invierno y para que no volviera demasiado tarde aunque al día siguiente fuera domingo.

Pedro bajó los tres pisos de oscura escalera iluminada apenas por anémicas bombillas. Los escalones de madera vieja oían a polvo, algunos crujián. En el descansillo de abajo una pareja de novios se apretaba en un rincón. La criada del piso de abajo y un soldado de paisano del mismo pueblo. Salió a la pequeña calle. Andando con paso rápido pasó ante una taberna con cabeza de toro. Llegó a la plazuela de Tirso de Molina. En la entrada del cabaret barato había ya algunos con aspecto de chulos, esperando que llegaran los primeros clientes. Siguió por una calle oblicua de escasa pendiente. El comercio de segundo orden de la calle tenía en su casi totalidad apagadas las luces. Alguna tienda solamente gastaba kilowatts. En un almacén confuso se acumulaban máquinas de hacer café de segunda mano y veladores viejos con silloncitos de mimbre. Llegó a la esquina de Antón Martín con su entrada de metro y con más luz. Había dos taxis parados y otro dando lentamente la vuelta. Algunas mujeres de aspecto inequívoco se estacionaban en las aceras o tomaban café con leche en turbios establecimientos con dorados falsos. Vendedores ambulantes de diversas especies ofrecían sus mercancías a pesar de la hora. Siguió adelante. De un café cantante barato salía una voz de gitano entrenándose—quizá—para más tarde, pues aún no se veían parroquianos. Venía un airecillo cortante desde el este. Para evitarlo, dejó a un lado la cuesta de Atocha con

toda su apertura desabrida y se metió por las callejas más retorcidas y resguardadas de la izquierda. Estaban casi vacías. Signió andando por ellas, acercándose sin prisas, dando rodeos, a la zona de los grandes hoteles. Por allí había vivido Cervantes—¿o fue Lope?—o más bien los dos. Sí; por allí, por aquellas calles que habían conservado tan limpiamente su aspecto provinciano, como un quiste dentro de la gran ciudad. Cervantes. ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como ésta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza? ¿Puede haber respirado este aire tan excesivamente limpio y haber sido consciente como su obra indica de la naturaleza de la sociedad en la que se veía obligado a cobrar impuestos, matar turcos, perder manos, solicitar favores, poblar cárceles y escribir un libro que únicamente había de hacer reír? ¿Por qué hubo de hacer reír el hombre que más melancólicamente haya llevado una cabeza serena sobre unos hombros vencidos? ¿Qué es lo que realmente él quería hacer? ¿Renovar la forma de la novela, penetrar el alma mezuquina de sus semejantes, burlarse del monstruoso país, ganar dinero, mucho dinero, más dinero para dejar de estar tan amargado como la recaudación de alcabalas puede amargar a un hombre? No es un hombre que pueda comprenderse a partir de la existencia con la que fue hecho. Como el otro—el pintor caballero—fue siempre en contra de su oficio y hubiera querido quizás usar la pluma sólo para poner floripondias ríbricas al pie de letras de cambio contra bancas genovesas. ¿Qué es lo que ha querido decimos el hombre que más sabía del hombre de su tiempo? ¿Qué significa que quien sabía que la locura no es sino la nada, el hueco, lo vacío, afirmara que solamente en la locura reposa el ser-moral del hombre?

Pero la cosa es muy complicada. Mientras que Pedro recorre taconando suave el espacio que conociera el cuerpo del caballero mutilado, su propio racionalismo mórbido le va envolviendo en sus espirales sucesivas.

Primera espiral: Existe una moral—una moral vulgar y comprensible—según la cual es bueno, sensato y razonable el que lee libros de caballería y admite que estos libros son falsos. El libro de caballería intenta superponer sobre la realidad otro mundo más bello; pero este mundo—ay—es falso.

Segunda espiral: Surge, sin embargo, un hombre que intenta que lo que no puede en realidad ser, a pesar de todo sea. Decide pues creer. El mal—que sólo era virtual—se hace real con este hombre.

Tercera espiral: Quien así procede—a pesar de ello—es llamado por sus concidadanos *El Bueno*.

Cuarta espiral: La creencia en la realidad de un mundo bueno, no le impide seguir percibiendo la constante maldad del mundo bajo. Sigue sabiendo que este mundo es malo. Su locura (si bien se mira) sólo consiste en creer en la posibilidad de mejorarlo. Al llegar a este punto es preciso reír puesto que es tan evidente—aun para el más tonto—que el mundo no sólo es malo, sino que no puede ser mejorado en un ardir. ¡Riamos pues.

Quinta espiral: Pero tras la risa, surge la sospecha de si será suficiente con reír, si no será preciso más bien crucificar al hombre loco. Porque lo específicamente escandaloso de su locura es que pretende imponer y hacer real la misma moralidad en que los que de él se ríen—según afirman—creen. Si alguien dejara de reír por un momento y lo mirara fijamente pudiera llegar a contagiarse. ¿Será un peligro público?

Sexta espiral: Pero no hay que exagerar. No hay que llevar esta conjuntura hasta sus límites. No debemos olvidar que el loco precisamente *está loco*. En ese «hacer loco» a su héroe va embozada la última palabra del autor. La imposibilidad de realizar la bondad sobre la tierra, no es sino la imposibilidad con que tropieza un pobre loco para realizarla. Todas las puertas quedan abiertas. Lo que Cervantes está gritando a voces es que su loco no estaba realmente loco, sino que hacía lo que hacía para poder reírse del cura y del barbero, ya que si se hubiera reído de ellos sin haberse mostrado previamente loco, no se lo habrían tolerado y hubieran tomado sus medidas montando, por ejemplo, su pequeña inquisición local, su pequeño potro de tormento y su pequeña obra caritativa para el socorro de los pobres de la parroquia. Y el loco, manifiesto como no-loco, hubiera tenido en lugar de jaula de palo, su buena camisa de fuerza de lino reforzado con panoplas y sus veintidós sesiones de electroshockterapia.

Pero no se sabe quién fue aquel a quien llaman Don Miguel que conociera la calle provinciana, tranquila y limpia. Nunca dominado por la furiosa locura que, sin embargo, dormitaba en él: sólo la soñaba y expulsando fantasmas de su cabeza dolorida, evitó acabar siendo el Mesías. Porque él no quería ser Mesías. El quería ganar dinero, cobrar impuestos, casar la hija, conseguir mercedes, aman-

sar y volver benignos a los grandes. La historia del loco y todas las otras historias admirables no fueron nada esencial para él sino fatiga divertida, muñequitos pintarrajados, hijos espurios que tuvo que ir echando al mundo para precisamente (y ésta es la última verdad) al no ganar dinero, al no cobrar sus débitos, al malcasar la hija, al no lograr mercedes, al ser despreciado y olvidado hasta en las ansias de la muerte poder no enloquecer.

Ya está más lejos. Ha atravesado la fugaz ciudad nocturna tan apesadumbrada de iglesias cerradas y tabernas abiertas, de luces eléctricas oscilantes y de esos coches que se lanzan a toda velocidad en estas horas, por la confluencia de las grandes vías como conducidos por suicidas lúcidos, autos descapotables abiertos en las noches frías para que se vea la cabellera rubia de la mujer de precio o su estola de visón, autos plateados de marcas caras cerrados para que no se vea la máscara de la brutalidad ebria de los grandes, autos inmensos, potentísimos, con formas de elegante ceñaje que caminan lentamente, contoneándose con balanceo de lujuria tras otra que ha salido del bar de nombre famoso y que espera sólo que la noche se haga más cerrada para decidir sin esfuerzo de la portezuela de mandos automáticos, autos lanzados como proyectiles hacia un futuro de placer tangible. Desde la puerta de los hoteles le ha golpeado el calor como de boca próxima, pero no lo ha advertido porque iba hundido en su vagoroso racionalismo. Pero ahora sí, se detiene y mira pasar los autos y siente el especial ruido de los neumáticos de buena calidad al despegarse de los adosquines por la noche, cuando no pasa más que un auto por la inmensa extensión desértica de la plaza con una fuente tirada por leones. Y sigue hacia el café, también caliente, con calor distinto del calor de los grandes hoteles que es calor de cuerpo de cortesana, con calor alegre de jóvenes que gritan que es calor de cuerpo de guardia.

En cuanto entra, comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él prefería haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos. Pero ya está allí y la naturaleza adherente del octopus lo detiene. Su pico gríón ha comenzado a cantar. Su rostro blanco y múltiple, continuo y siempre renovado le contempla. Ya ha saludado, ya escucha, ya las ventosas se le adhieren inevitablemente. Ya está incorporado a una comunidad de la que, a pesar de todo, forma parte y de la que no podrá desha-

cese con facilidad. Al entrar allí, la ciudad —con una de sus conciencias más agudas— de él ha tomado nota: existe.

Como en una ondarreta promiscua y delectable, acumulando sus cuerpos en el momento más vivaz de la marea en zonas inverosímilmente restringidas, invadiendo unos de otros los espacios vitales, molestos pero satisfechos, aspirando a pesar de la escasez del ámbito a una máxima ocupación de lo ocupable, cada individuo ávido de recepción-emisión mostrando con análoga impudicia la desnudez, ya que no de carnes recalentadas y cocidas sí de teorías, poemas o ingeniosidades críticas, la muchedumbre culta se derrama por aquella restringida playa y más felices que los bañistas que de un ínico y lejano sol con la intensidad posible gozan, cada uno de ellos era sol para sí y para el resto de los circunstantes que ininterrumpidamente a sí mismos se admiraban sintiendo un calor muy próximo al del solario cuando la gama ultravioleta penetra hasta una profundidad de cuatrocientas micras de interioridad corpórea activando provitaminas, capilares y melanóforos dormidos. Pero a diferencia de aquella morfina solar que dulcemente atonta y va incorporando el hombre a la materialidad inerte, la nocturna droga del café literario más bien produce ebullición y estímulo en la maquinaria oculta cuyas ideas un día inquietarán las mentes de los mejores en aulas, colegios, seminarios. Esos pequeños chisporroteos de una luz violácea que, mirando con atención, pueden advertirse en las sienes de los maestros las noches de los sábados y que desde tales plataformas se introducen sin esfuerzo a través de las frentes de jóvenes ojerosos y gárrulos, dejando una señal rosada, son fundaciones tan necesarias a la marcha del gran carro de la cultura como los juegos de los pólenes que ya llevados por el viento, ya conducidos por vulgares moscardones, ya como en el caso de la orquídea madagascareña en la específica trompa de una mariposa nocturna todavía no clasificada pero cuya longitud en centímetros admite profecía, aseguran una exogamia imprescindible para el caminar continuo de la especie. Y no porque cada maestro (por otra parte por nadie reconocido como maestro) diga a cada discípulo (por otra parte nunca por sí mismo tenido por discípulo): «Esto has de hacer», «Aprende lo que digo», «No abuses del gerundio», «Nunca obra literaria alguna escribas en que el elemento sexual esté completamente ausente», «Observa la realidad viva de la naturale-

sar y volver benignos a los grandes. La historia del loco y todas las otras historias admirables no fueron nada esencial para él sino fatiga divertida, muñequitos pintarrañados, hijos espurios que tuvo que ir echando al mundo para precisamente (y ésta es la última verdad) al no ganar dinero, al no cobrar sus débitos, al malcasar la hija, al no lograr mercedes, al ser despreciado y olvidado hasta en las ansias de la muerte poder no enloquecer.

Ya está más lejos. Ha atravesado la fugaz ciudad nocturna tan apesadumbrada de iglesias cerradas y tabernas abiertas, de luces eléctricas oscilantes y de esos coches que se lanzan a toda velocidad en estas horas, por la confluencia de las grandes vías como conducidos por suicidas lúcidos, autos descapotables abiertos en las noches frías para que se vea la cabellera rubia de la mujer de precio o su estola de visón, autos plateados de marcas caras cerrados para que no se vea la máscara de la brutalidad ebria de los grandes, autos inmensos, potentísimos, con formas de elegante ceteáceo que caminan lentamente, contoneándose con balanceo de lujuria tras otra que ha salido del bar de nombre famoso y que espera sólo que la noche se haga más cerrada para decidir sin esfuerzo de la portezuela de mandos automáticos, autos lanzados como proyectiles hacia un futuro de placer tangible. Desde la puerta de los hoteles le ha golpeado el calor como de boca próxima, pero no lo ha advertido porque iba hundido en su vagoroso racionalismo. Pero ahora sí, se detiene y mira pasar los autos y siente el especial ruido de los neumáticos de buena calidad al despejarse de los adoquines por la noche, cuando no pasa más que un auto por la inmensa extensión desértica de la plaza con una fuente tirada por leones. Y sigue hacia el café, también caliente, con calor distinto del calor de los grandes hoteles que es calor de cuerpo de cortesana, con calor alegre de jóvenes que gritan que es calor de cuerpo de guardia.

En cuanto entra, comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él prefiere haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos. Pero ya está allí y la naturaleza adherente del octopus lo detiene. Su pico gritón ha comenzado a cantar. Su rostro blando y múltiple, continuo y siempre renovado le contempla. Ya ha saludado, ya escucha, ya las ventosas se le adhieren inevitablemente. Ya está incorporado a una comunidad de la que, a pesar de todo, forma parte y de la que no podrá desha-

cese con facilidad. Al entrar allí, la ciudad —con una de sus conciencias más agudas— de él ha tomado nota: existe.

Como en una ondarreta promiscua y delectable, acumulando sus cuerpos en el momento más vivaz de la marca en zonas inverosímilmente restringidas, invadiendo unos de otros los espacios vitales, molestos pero satisfechos, aspirando a pesar de la escasez del ámbito a una máxima ocupación de lo ocupable, cada individuo ávido de recepción—emisión mostrando con análoga impudicia la desnudez, ya que no de carnes recalentadas y cocidas sí de teorías, poemas o ingeniosidades críticas, la muchedumbre culta se derrama por aquella restringida playa y más felices que los bañistas que de un único y lejano sol con la intensidad posible gozan, cada uno de ellos era sol para sí y para el resto de los circunrodeantes que ininterrumpidamente a sí mismos se admiraban sintiendo un calor muy próximo al del solario cuando la gama ultravioleta penetra hasta una profundidad de cuatrocientas micras de interioridad corpórea activando provitaminas, capilares y melanóforos dormidos. Pero a diferencia de aquella morfina solar que dulcemente atonta y va incorporando el hombre a la materialidad inerte, la nocturna droga del café literario más bien produce ebullición y estímulo en la maquinaria oculta cuyas ideas un día inquietarán las mentes de los mejores en aulas, colegios, seminarios. Esos pequeños chisporroteos de una luz violácea que, mirando con atención, pueden advertirse en las sienes de los maestros las noches de los sábados y que desde tales plataformas se introducen sin esfuerzo a través de las frentes de jóvenes ojerosos y gárrulos, dejando una señal rosada, son fecundaciones tan necesarias a la marcha del gran carro de la cultura como los juegos de los pólenes que ya llevados por el viento, ya conducidos por vulgares moscardones, ya como en el caso de la orquídea madagascareña en la específica trompa de una mariposa nocturna todavía no clasificada pero cuya longiritud en centímetros admite profecía, aseguran una exogamia imprescindible para el caminar continuo de la especie. Y no porque cada maestro (por otra parte por nadie reconocido como maestro) diga a cada discípulo (por otra parte nunca por sí mismo tenido por discípulo): «Esto has de hacer», «Aprende lo que digo», «No abuses del gerundio», «Nunca obra literaria alguna escribas en que el elemento sexual esté completamente ausente», «Observa la realidad viva de la naturale-

za humana en la casa de pensión en que modestamente habitas» con ademán doctrinal y palabra espaciosamente emitida, sino porque al decir frases tales como: «Es completamente imbécil», «No tiene ni idea de escribir», «No ha leído a Hemingway» crean un humus colectivo de cuya pasta flora inconscientemente todos se alimentan y así nunca alabando, criticando siempre, desdenosamente alzando una ceja hasta la altura de la media frente, palmeando aprobadoramente en el hombro del menos dotado de los circunstantes, hablando de fútbol, pellizcando a una estudiante de filosofía, admitiendo el traje de terciopelo negro y la larga trenza de una cursi aliteraturizada, haciendo un chiste cruel sobre un pintor cojo que se arrastra hacia su mesa, simulando proezas amorosas merced a una hábil reiteración de llamadas telefónicas, tratando con impertinencia apenas ingeniosa al camarero que ha escrito ya siete comedias, haciéndose convidar a café y copa por un provinciano todavía no iniciado, fumando mucho, hablando sin parar y no escuchando, asegurando entre todos la continuidad generacional e histórica de ese vacío con forma de poema o garcílazo que llaman literatura castellana.

Pedro se detuvo un momento en la ribera misma de la playa para buscar un hito orientador, un trocito de arena libre sobre el que poder extender su espíritu y sus últimas lecturas. Al fondo Matías alzó un brazo. Para llegar hasta allí era preciso atravesar el caos sonoro, las rimas, los restos de todos los fenecidos ultrásmos, las palabras vacías de Ramón y su fantasma greguerizándose todavía a chorros en el urinario de los actores maricas, las ensobrecidas muchachas pálidas vestidas de negro que cuando es moda pintarse la boca, se pintan sólo los ojos y cuando es moda pintar los ojos, se hacen unas bocas sangrantes, el humo de los cien mil y uno cigarrillos, la suma de la pedantería derramándose, las uñas cargadas de negro, la roñosería que reserva un único duro para el café con leche de la noche que da derecho (con su azúcar) a permanecer en el templo donde la miel de la sabiduría va poniendo pegajosos los mármoles.

Atravesó como pudo tropezando con calvas sonoras y con ojos relucientes. Matías se alegraba al presentarle:

—Mira. Vale la pena. Ha leído a Proust —señalando a una muchachita con gafas que, por variar, no iba de negro sino con un jersey amarillo limón a tono con sus formas.

—¿De veras?—se interesó Pedro.

—No la mires ya más. Vas a turbarla —le ordenó Matías—. Toma una ginebra.

E inmediatamente, olvidando a Pedro, volvióse a la muchacha explicándole otra vez más precisadamente, con más ingenio todavía, la importancia de la novela americana y la superioridad de sus más distinguidos creadores sobre las caducas novelísticas europeas que habían concluido un ciclo literario y que no sabían salir de él quizá porque al hacerse conscientes del fin de dicho ciclo y de la inevitable decadencia, toda pura ingeniosidad técnica permanecía inane y sólo la pedantería chovinista podía hacer creer a los retrasados mentales de los liceos galicanos y a todos los otros mentecatos del ancho mundo que estuvieran haciendo gran novela todavía, cuando ya no era más que ingenio francés y falta de garra y de realidad y de auténtica grandeza, todo lo más ejercicios de caligrafía, labores de joyen clorótica en internado suizo, por no decir bordado y punto de cruz. La muchachita reía agitando su jersey.

Reconfortado por la ginebra, precipitándose sobre su turno de uso de la palabra, Pedro también —¿por qué no?— rompió a hablar. Juegucillos estéticos. Olas que vienen y van. Mareas del espíritu. Pequinidáldides de Egipto. Hay situaciones en que el atoladero es total. Evidentemente, sí, evidentemente. Hay que leer el Ulysses. Toda la novela americana ha salido de ahí, del Ulysses y la guerra civil. Profundo sur. Ya se sabe. La novela americana es superior, influye sobre Europa. Se origina allí, allí precisamente. Y tú también, hija mía, tú también. Si no lees no vas a llegar a ninguna parte. Se guías repitiendo la pequeña historia europea de Eugenia Grandet y las desgracias de los huérfanos te conmoverán por los siglos de los siglos. Amén. Así sea. Anisnatl.

El jersey amarillo pareció ser arrastrado por el reflujo de una resaca irresistible cuando un muchacho alto, con barba, la hubo mirado a través de unas gafas redondas. Desapareció. No existe. Boca roja pintada. Volatilizada.

Indiferentes siguieron hablando, simbiotizándose, apelmazados en una única materia sensitiva. La ciudad, el momento, la rigidez propia de una determinada situación, de unos determinados placeres, de unas prohibiciones inconscientemente acatadas, de un vivir parásito pecaminosamente asumido, de un desprenderse de dogmas dogmáticamente establecido, de un precisar de normas estéticamente indeterminado, de un carecer de noche con varonil violencia —aunque con estéril resultado— urgentemente combatido,

za humana en la casa de pensión en que modestamente habitas» con ademán doctrinal y palabra espaciosamente emitida, sino porque al decir frases tales como: «Es completamente imbecil», «No tiene ni idea de escribir», «No ha leído a Hemingway» crean un humus colectivo de cuya pasta flora inconscientemente todos se alimentan y así nunca alabando, criticando siempre, desdeñosamente alzando una ceja hasta la altura de la media frente, palmeando aprobadoramente en el hombro del menos dotado de los circunstantes, hablando de fútbol, pelizcando a una estudiante de filosofía, administrando el traje de terciopelo negro y la larga trenza de una cursi alteraturizada, haciendo un chiste cruel sobre un pintor cojo que se arrastra hacia su mesa, simulando proezas amatorias merced a una hábil reiteración de llamadas telefónicas, tratando con impertinencia apenas ingeniosas al camarero que ha escrito ya siete comedias, haciéndose convidar a café y copa por un provinciano todavía no iniciado, fumando mucho, hablando sin parar y no escuchando, aseguran entre todos la continuidad generacional e histórica de ese vacío con forma de poema o garcíaso que llaman literatura castellana.

Pedro se detuvo un momento en la ribera misma de la playa para buscar un hito orientador, un trocito de arena libre sobre el que poder extender su espíritu y sus últimas lecturas. Al fondo Matías alzó un brazo. Para llegar hasta allá era preciso atravesar el caos sonoro, las rimas, los restos de todos los fenecidos ultratismos, las palabras vacías de Ramón y su fantasma greguerizándose todavía a chorros en el urinario de los actores maricas, las ensobrecidas muchasas pálidas vestidas de negro que cuando es moda pintarse la boca, se pintan sólo los ojos y cuando es moda pintar los ojos, se hacen unas bocas sangrantes, el humo de los cien mil y uno cigarrillos, la suma de la pedantería derramándose, las uñas cargadas de negro, la roñosería que reserva un único duro para el café con leche de la noche que da derecho (con su azúcar) a permanecer en el templo donde la miel de la sabiduría va poniendo pegajosos los mármoles.

Atravesó como pudo tropezando con calvas sonoras y con ojos relucientes. Matías se alegraba al presentarle:

—Mira. Vale la pena. Ha leído a Proust—señalando a una muchachita con gafas que, por variar, no iba de negro sino con un jersey amarillo limón a tono con sus formas.

—¿De veras?—se interesó Pedro.

—No la mires ya más. Vas a turbarla—le ordenó Matías—. Toma una ginebra.

E inmediatamente, olvidando a Pedro, volvióse a la muchacha explicándole otra vez más precisamente, con más ingenio todavía, la importancia de la novela americana y la superioridad de sus más distinguidos creadores sobre las cáducas novelísticas europeas que habían concluido un ciclo literario y que no sabían salir de él quizá porque al hacerse conscientes del fin de dicho ciclo y de la inevitable decadencia, toda pura ingeniosidad técnica permanecía inane y sólo la pedantería chovinista podía hacer creer a los retrasados mentales de los liceos galicanos y a todos los otros mentecatos del ancho mundo que estuvieran haciendo gran novela todavía, cuando ya no era más que ingenio francés y falta de garra y de realidad y de auténtica grandeza, todo lo más ejercicios de calligrafía, labores de joyen clorótica en internado suizo, por no decir bordado y punto de cruz. La muchachita reía agitando su jersey.

Reconfortado por la ginebra, precipitándose sobre su turno de uso de la palabra, Pedro también—¿por qué no?—rompió a hablar. Jueguellos estéticos. Olas que vienen y van. Mareas del espíritu. Pepinvidalides de Egipto. Hay situaciones en que el atoladero es total. Evidentemente, sí, evidentemente. Hay que leer el Ulysses. Toda la novela americana ha salido de ahí, del Ulysses y la guerra civil. Profundo sur. Ya se sabe. La novela americana es superior, influye sobre Europa. Se origina allí, allí precisamente. Y tú también, hija mía, tú también. Si no lees no vas a llegar a ninguna parte. Seguirás repitiendo la pequeña historia europea de Eugenia Grandet y las desgracias de los huérfanos te conmoverán por los siglos de los siglos. Amén. Así sea. Anisuañil.

El jersey amarillo pareció ser arrastrado por el refugio de una resaca irresistible cuando un muchacho alto, con barba, la hubo mirado a través de unas gafas redondas. Desapareció. No existe. Boca roja pintada. Volatilizada.

Indiferentes siguieron hablando, simbiotizándose, apelmazados en una única materia sensitiva. La ciudad, el momento, la rigidez propia de una determinada situación, de unos determinados lugares, de unas prohibiciones inconscientemente acatadas, de un vivir parásito pecaminosamente asumido, de un desprenderse de dogmas dogmáticamente establecido, de un precisar de normas estéticamente indeterminado, de un carecer de norte con varonil violencia—aunque con estéril resultado—urgentemente combatido,



Los hacían tal como sin remedio eran (como ellos creían que eran gracias a su propio esfuerzo). El bajorrealismo de su vida no llegaba a cuajar en estilo. De allí no salía nada.

Pidió su segunda ginebra y comenzó a animarse. Había tomado también un café solo. Sentía la cabeza fuerte y tenía tentaciones vagas. La conversación le había animado a pesar de su vacío espiritual. La imagen de Cervantes volvía a su imaginación tonantemente como se repite una musiquilla sin sentido. Cervantes en medio de este grumo de humo y grito no parecía lógico. Y el galimatías literario-sentimental de Matías no significaba sino la falta del ángel viajero que le ayudara a sacar el pescado por las agallas. Pero Matías tenía ese calor adhesivo que le obligaría a continuar a su lado por un lapso de tiempo indefinido pero indudablemente largo. ¿Estaba Matías ya borracho? Probablemente no, en ese estado intermedio en que tanto la conversación como el ingenio son posibles.

Pero, he aquí, que ya Matías le estaba presentando, sin previo aviso, a un pintor alemán de apellido confuso cuya cacofonía recordaba el nombre de un filósofo suabo. El pintor alemán era alto y delgado—hético—y gozaba de una barba rubia en punta. Tenía ojos débiles de niño mimado y parecía necesitado de protección. Rígido y temeroso le miraba. Haciendo un esfuerzo, insistió en que se sentara y le pidió una ginebra muy cargada para que se la bebiera de prisa, sin consultar y se pusiera a tono. Matías parecía, a causa de su humanismo propio, no por la escasa humanidad que el alemán emanaba, haberle tomado bajo su protección y le hablaba grandilocuentemente de temas vagos que no tenían nada que ver con la pintura, ni con la guerra, ni con la melancolía arónica del alemán—ratón canchero. Pero este caballero de triste figura sólo de pintura quería hablar y decir que expondría en Buchholz e insistir en que su pintura era un neoespressionismo y preguntarle que por qué no ahora mismo, en el acto propiamente dicho y sin subterfugio de ningún género, ellos, después de haber consumido la necesaria cantidad de ginebra, no se trasladaban a su estudio donde, con la contemplación de sus cuadros, podrían hacerse cargo de la ninguna necesidad de atractivos sensoriales en la obra de un alemán para expresar el pathos atormentado de un pueblo culpable y en détrota. «Pero vamos a tomar primero esas copas», protestó Matías.

—Bono—admitió el pintor.

Su impaciencia era grande. Era absolutamente necesario que sus nuevos conocidos no pudieran formar un juicio de él únicamente por su aspecto físico y por el imperfecto dominio del idioma que le impedía expresar sus ideas, sino que tomando contacto con su obra, lo elevaran sobre el pedestal que naturalmente merecía. Así pues, sacando un montón de billetes desmesurado para el sitio y la hora, ordenó al camarero—dramaturgo que súbito y presto colocara nuevas dosis mortíferas en los vasos portadores del tóxico. Lo que ejecutado por el maestro copero ágilmente, tuvo como consecuencia un trasego rápido y satisfactorio sin que nadie diera muestras de asombro, excepto el propio pintor que insistió en repetir varias veces a sus expensas el mismo bonito número de prestidigitación.

—Ahora esto está aquí—anunció gravemente mientras iniciaba el gesto de beber—y ahora ya no está—cuando el vaso estuvo vacío—. Ha pasado al interior del cuerpo.

La risa no era el comentario adecuado a este tipo de humor constatativo sino el pasar inmediatamente a la aplicación universal del método, lo que inició Matías, inspirado por su ángel:

—Ahora esta silla está aquí abajo—cogiendo aquella en la que estaba sentado—. Y ahora está aquí arriba—colocándola encima del mármol negro de la mesa.

—Pero tu cuerpo no está donde era—protestó el alemán que provenía de una raza más dotada para la estricia metafísica.

—Lo está—dijo Matías encaramándose y sentándose triunfalmente ante el gesto de disgusto, no exento de admiración, de la muchedumbre letrada de nivel alcohólico moderado o nulo.

Tres camareros avanzaban entéricamente hacia la silla curul y Matías hubo de limitar el alcance temporal de su experimento que, por el contrario, en el aspecto espacial no le pareció dejar nada por desear. Allá abajo estaban las tres o cuatro mujeres extrañas vestidas de terciopelo negro y con trenzas y las dos o tres actrices con los ojos pintados sonriendo y pensando que era tonto. Esta breve ruptura de lo habitual, conseguida a tan bajo precio, le llenó de una convicción de infalibilidad semejante a la de otros ocupantes de sillas gestatorias más trabajosamente conquistadas a lo largo de los siglos y gracias a ritos tradicionalmente estipulados, entre los que la castidad con mantenimiento de integridad glandular no le parecía en aquel momento el menos molesto. A su descenso, el todavía no-loco-pintor seguía aplicando el método constatatatorio a materialidades de gran importancia social.

—Esto no está nada pagado—dijo sonriente al camarero—. Y ahora está todo pagado—tras aplicarle el encaje íntegro de un documento al portador que sobrepasaba con creces el consumo.

—Un momento, señor, un momento, señor—les persiguió la honradez ibérica del camarero, mientras los tres se precipitaban hacia las tintieblas exteriores, ebrios de alcohol y del orgullo que brota de los actos libres, dispuestos a embarcarse en la nave del expresionismo y a franquear con ella el océano incierto de la noche.

—Mi cuerpo está ahora dentro—anunció Matías—. Y mi cuerpo está ahora en el exterior del local—tras franquear la puerta giratoria doctada de cuatro alas, ya que no de pluma al menos de fieltro rojo y dorado latón.

—Tu cuerpo no es ahora tu cuerpo—replicó Pedro—. Tu cuerpo es cuerpo de Baco.

Alo que el alemán, tras el lapso de tiempo necesario para la comprensión, replicó estallando por primera vez—aunque no por última—en una wallhílica carcajada cuyos ecos golpearon los árboles, las casas y el Ministerio, alarmando a un sereno sentado en una esquina.

—Es muy bueno eso, muy bueno—admitió amistosamente—. ¿Queréis estar al estudio?—preguntó luego con una duda que brotaba repentinamente de un estrato de su ser encubierro por el alcohol y por la risa.

—Bono. Vamos allá—imitó Matías.

Y envueltos en las carcajadas ya sin motivo, del pintor, caminaron inciertamente en la noche hacia una buhardilla de la calle Infantas donde esperaban los secos hijos de su espíritu.

Tras subir los oscuros escalones agarrados unos a otros para no tropezar, el pintor abrió la puerta después de diversas maniobras improductivas en que sucesivas llaves fueron desechadas. Dentro finalmente, la oscuridad oliente a pintura fresca se ofreció en el marco. Nuevos tanteos condujeron a que la luz fuera hecha y ante sus ojos, aparecieron casi innumerables lienzos que tapizaban las paredes del amplio estudio, todos los cuales estaban constituidos por desnudos somrosados de mujeres gorditas.

—¡No, no, no!—gritó el pintor neoespressionista—. No mío. Nada mío. Es de otro—mientras Matías se inclinaba con atención reverente ante uno de los lienzos tomado al azar, como calculando el valor de aquella carne al peso.

—Notable—afirmó Matías—. Tiene magna.

—Per fávör—institúa el alemán—. La mía es otro—y señalaba hacia una puerta oculta tras los grandes caballetes.

El propietario del estudio y compañero artista-pintor de Bono parecía tener ideas claras sobre su ideal estético y reiteraba la exposición de las mismas sin un átomo de vergüenza, carente de todo falso pudor. Las somrosadas damas sonreían estereotípicamente mediante sus rostros de pan tostado y colocaban sus miembros en las más variadas posturas siguiendo las vulgares recetas del arte combinatorio. Sin duda, la presencia de dos cuerpos en lugar de uno en cada lienzo hubiera permitido multiplicar las combinaciones y permutaciones en grado ilimitado, pero incluso sin esta ayuda—que hubiera sido algo semejante a un truco—el artista había conseguido con sus elementales medios dar una idea aproximada del infinito.

—¡Jubilato in carne feminae—¡¡¡¡¡¡ Matías.

—Pulchritudo vastissima semper derramata—continuó Pedro.

—Per fávör. No mío.

—No tuyo, pero muy bueno.

—¡Bono noi! Asco para mí. Esto no está artístico. No dice nada.

No ser expresionista. Arte alemán distinto.

—El número de desnudos que pinta indica el nivel alcanzado por la represión de un pueblo—opinó confusamente Pedro pensando en sus propias represiones. Resultaba grato permanecer en el vasto inveterado de opulentas peonías, en lugar de caminar hacia un presunto Dachau masturbatorio.

Como en telepático pendant, exclamó Matías:

—Nada me ha recordado más las cámaras de gas.

—No cámara. ¡Shocking!—protestó el artista y volviendo a la aplicación de su método lógico y explicativo, continuó:

—Estos cuadros aquí yo no pintado. Yo o pintado cuadros están ahí—haciendo confusos gestos direccionales con sus largos brazos que atravesaban el espacio carnal del amplio estudio.

—Antes de entrar en la cámara las desnudaban a todas y les daban una toalla y un jabón para que creyeran que iban a tomar una ducha. Pero estaban más delgadas.

—Imagen espantosa de la muerte, no turbes mi reposo—recitó Pedro—. Yo no estoy muerto ahí entonces. Yo o estoy vivo aquí ahora.

—Digo que mis cuadros están ahí.

—A éstas les falta el jabón en la mano. Hará limpio.



El alemán, ya desahogado, se precipitó hacia su cubículo artístico y entrando por la estrecha puerta, desapareció de su vista. Oyéronse poco después un grito y juramentos nada metafísicos pues a causa de sus costumbres higiénicas, trabajaba sólo al albor del día y carecía de toda instalación eléctrica, por lo que la exposición en masa de su propia producción le resultó imposible. Saltó al poco con una mancha de pintura fresca verde en una manga y en la otra mano el cuadro para cuya contemplación habían sido hasta allí conducidos, lejos del fragor de la noche sabática. Del vértigo fundamental de la noche y de la primitiva fuerza germinal que pululaba por las vecinas calles estaban ahora alejados por un espacio de forma cúbica ocupado en parte por vecinos profundamente dormidos y desde dentro de la bruma alcohólica, estaban decididos a pedir cuentas al amigo iniciador. Este como explicación total de la noche, del vértigo, de las cámaras de gas, de la náusea ante el desnudo y de sí mismo, mostró su obra predilecta de pintura aún fresca.

Era un cuadro realmente muy malo. Sobre un fondo color marrón oscuro, con un color marrón más claro y con algunos toques de rojo—inferno se habían representado las ruinas barbañecas de una ciudad bombardeada. Las piedras se acumulaban demasiado altas a ambos lados de un desfiladero urbano no totalmente obstruido por los cascos. El argumento de la composición consistía en una gran muchedumbre de seres aparentemente humanos, pero más bien formidables de tamaño muy inferior al normal. Tales seres componiendo una especie de vasto río descendían a borbotones hacia el primer plano del cuadro. En las revueltas gesticulaciones de aquel mundo insectívoro y sucio parecía querer expresarse una desesperación colectiva en la que el padecer infinitos sufrimientos se acompañara de la conciencia de la estricta justicia con que habían sido merecidos. El carácter fecaloides del cuadro y la vermiculosidad de sus protagonistas no eran obstáculos para que fuera mirado con el fervor con que al hijo recién nacido mira una madre (no un padre) por el ebrio, apenas sintiamente, buen pagador, humorista constatorio, brujo de la noche del sábado que para contemplarlo quería absolutamente, necesariamente arrancarles al disfrute, tanto más grato por contraste, de la eternidad de hastío en forma de piel rosada.

—¿Qué es lo que decía éste antes?

—Shocking...

Fue el comentario de los dos iberos no expresionistas, no cons-

tructores de cámaras de gas nunca, aunque sí quizás gritadores de ruido hasta que por fin el cuerno entra en el manoleño triángulo femoral, no organizadores de progromes, aunque sí quizás en sus genes, varios siglos antes, de injunciones al potro con estola quizas o con cucurucho, que más podía darte.

—Bono. Y a está visto —dijo Matías.

—¿Te parece bono? —preguntó el alemán siempre ajeno a los bienes de este mundo.

—Muy bono.

—Bono.

—Pero tú qué quieres decir ahí? ¿El fracaso de la civilización europea o la necesidad de perder esa virginidad flambre que mantiene a fuerza de cuidados y pérdidas nocturnas? —preguntó Matías consecuente con sus teorías acerca del origen de la obra de arte.

—¿Cómo dice?

—No tiene magma.

—¿Qué ser magma? Per favor.

Matías hizo girar su vista a lo largo y a lo ancho del estudio con sus brillantes bombillas eléctricas y con su diván a un extremo, donde indudablemente posaba la modelo de las damas rosa, mientras el colega del alemán seguía la investigación de las posibilidades dispocionales de un cuerpo humano en un espacio de tres dimensiones.

—¿Quieres que te explique?

—¡Claro! Explica a mí, per favor.

—Tú, pintor pinturero, no has pintado esos cuadros que están aquí. Tú has pintado ese cuadro que está ahí. Si tú, en vez de pintar el cuadro que está ahí, hubieras pintado los cuadros que están aquí, no habrías pintado el cuadro que está ahí. En vez de enseñar el cuadro que está ahí, enseñarías a tus amigos los cuadros que están aquí. Tú, sabiendo que no habías pintado el cuadro que tienes ahí, no nos habrías traído aquí, sino que olvidando lo que quieres pintar, que no debías pintar así, nos habrías conducido ante los cuadros que están ahí y nosotros no habríamos pasado por aquí... ¿Comprendes?

El alemán guardó silencio. Luego insistió tímidamente:

—Pero, ¿qué ser magma?

—Magma ser todo. Magma la pregnante realidad de la materia que se adhiere. Magma la protoforma de la vitalidad que nace. Magma la fuliginosa pegajosidad del esperma. Magma la roca fun-

dida en su estado primitivo, antes de que se degrade en piedras. Magma los judíos cuando todavía están en su ghetto reproduciéndose entre sí indefinidamente...

—Yo ser judío.

—¿Qué?

—Sí. Por madre israelita.

Pero se inclinó como si de verdad se interesara por el pueblo forniciforme descendente por el canal de las ruinas. ¿No se habría equivocado Matías? ¿No sería aquello precisamente el magma esencial? Siempre tiene que ser así. Siempre el hombre que aparece en un sábado en el momento adecuado y dice las palabras adecuadas y advina a tocar en una fibra humana de la que brota algo caliente, tiene que declarar, llegada la hora, que es judío o masón o que ha sido jesuita.

—¡Pronto! ¡Descendamos de este templo de arte! ¡Abandonemos a su suerte esta nave encallada en los tejados de la noche! ¡La tempestad va a disgregar sus carcomidas tablas! ¡A los botes! ¡Todo el mundo a los botes! ¡Hace demasiado tiempo que no bebo! —Y Matías acompañado de sùbita timidez, sin lanzar siquiera otra mirada a las tentadoras hembras—pétalo, descendió a saltos la escalera seguido a prudencial distancia por Pedro y por el mismo capitán—de—nació—haciendo—agua que, como corresponde al código del honor de tan alta profesión, se apeó el último y no sin haber contemplado antes, triste pero reflexivamente, la impetuosa vía de agua, como si hubiera todavía alguna esperanza de cegarla con breva y estopa.

La calle les recibió tranquilizadamente ofreciéndoles un hábito más fresco y la certidumbre de que efectivamente la noche pertenecía allí con todas sus posibilidades aún ofrecidas a despecho de la humanidad insectaria y de la pintura neoexpresionista de los pueblos centroeuropeos ignorantes de qué cosa sea verdaderamente eso que llamamos vida. El golpe de aire frío en la cara les devolvía a un tiempo la conciencia alerta de Pedro de ser libre, la conciencia particular de Matías de ser omisicranda (que casi había perdido por un momento) y la voluntad recobrada de ambos de seguir viviendo la borrachera hasta su acabamiento lógico y gradual apoteosis. Penetraron, pues, inmediatamente en una pequeña tasca de la misma calle, en cuya puerta estimuladamente un letrero insistía: «Gran copa de coñac 0,50», no por el afán de hacer una buena es-

peculación invitando tan menguada cantidad en una dosis de alta graduación, sino por el impulso investigador y curioso de comprobar in propia capita qué género espantoso de bebida podría ser suministrado a tan bajo precio. Efectivamente, el líquido anfibarino tenía el aspecto externo del llamado coñac español y la forma de la gran copa era la acostumbrada, pero el resto de sus propiedades organolépticas en nada eran semejantes. Una vez ingerido suministraba un fuerte refuerzo a la alcoholosidad de sus mentes y un siempre flotante y regurgitante regusto al paladar encubriendo a todo gin y a todo veterano superpuestos, que conseguirá amargar la noche a estómagos menos defendidos por un espíritu heroico. Aquel anhélito interno emanado de la gran copa ingerida, tenía un regustido a viruta de madera verde y mostraba significativamente en la pegajosidad y permanencia de su relente los peligros que la noche reserva a sus enamorados.

¡Pero qué reconfortantemente les aseguraba esta bebida hecha de cola y betún, de orujo y rabos de uva revendida, que ellos eran capaces de todo, absolutamente de todo en esta noche dislocada! Tras la ingestión del veneno se produjo la desaparición del pintor alemán. Tragado por una cámara de gas aspirante—impelente que recorría la calle Infantas a lo largo de su eje mayor, musitó dos o tres «bonos» sin sentido, intentó abrazarles sin conseguirlo, sonrió otra vez todavía, miró hacia una mujer rubia que trotaba rumbo al próximo local iluminado y les fue arrebatado sobre un carro de fuego.

La próxima desaparición fue la de la misma tasca con su barra metálica, con las caras estólicas de los bebedores y con los robustos brazos remangados del servidor nocturno. Toda esta fantasmagoría apenas existente hizo un movimiento de envés y se sumió en un vacío recién creado. Avisados por estas repentina transfiguraciones del posible ascenso a su propio monte Tabor, se asieron el uno al otro por los hombros, aunque de diferentes estaturas, e intentaron resistir a pie firme el peor momento. Sumidos en la repetida, inevitable degustación de la gran copa, agarrados a la mítica cuerda de contacto con la humanidad que se eran respectivamente, habiendo puesto entre los cuadros de pintura rosa y su realidad presente una distancia se sintieron ya calafateados y aptos para difíciles travesías. Verdad era que algunos taxis con su cuerno verde amenazante amagaban próximos haciendo sonar una bocina aunque nocturna penetrante, verdad era que pasaban a su lado mujeres morenas gruesas bajo abrigos de muñón doré oscuro y con labios pin-